

En Marcha, N° 660, Montevideo, 27 de febrero de 1953, p. 15

Escribe Carlos Real de Azúa

“LA CIVILIZACIÓN DEL URUGUAY” POR HORACIO ARREDONDO

HORACIO ARREDONDO: **CIVILIZACIÓN DEL URUGUAY**. Montevideo. Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, 1951. Dos tomos de XXIX + 335 pp. y 394 pp. respectivamente. Con ilustraciones.

Riquísima, deliciosa puede ser la sustancia de un libro que como éste se rodea con tantos desmaños de método, de rótulo, de forma. LA CIVILIZACIÓN DEL URUGUAY, de Arredondo, es, sin duda alguna, la más importante incursión por nuestra “intrahistoria” con que cuente el acervo cultural uruguayo.

La mejor y tal vez la única. Con razón destaca el autor que nuestros investigadores *han mostrado clara preferencia por los temas militares* (I- 64).

Creo que le hubiera encantado a don Miguel de Unamuno esta recreación emocionada de los usos de una casta, esta estremecida dedicación a todas las prácticas, a todos los modos humanos que corren bajo la superficie estrepitosa de figuras, figurones, gobiernos, revoluciones y partidos.

El libro (de dos gruesos tomos) no es naturalmente una figura de “la civilización del Uruguay”, aún en el improbable caso de que aceptáramos la existencia de tal civilización, de que no nos contentásemos con algunas humildes especificaciones que el destino histórico, el tipo humano y el “habitat” le han impuesto aquí a la civilización de Occidente hasta 1900. Me parece que a lo que más se parece la obra de Arredondo es a una antropología cultural en el sentido metódico, a una exploración en torno a esas creaciones del hombre que van desde lo práctico e instrumental hasta sus formas de vida y expresiones espirituales. Tal vez llegase a serlo cabalmente si Arredondo, en cierta altura de su trabajo, no se viese arrastrado por su vocación y especialización arqueológica y su repertorio no se centrara imperativamente desde la página 123 del primer tomo en lo que nuestro pueblo creó con ladrillo, con barro, con adobe y alguna vez con piedra (I- 22, 25-26, 123, 124). Buena parte de los dos volúmenes está dedicada así a la arquitectura militar, civil (pública y privada) y rural. En ellas resume Arredondo largos años de investigaciones ajenas y propias y hace accesibles vastos materiales que corrían por revistas difíciles y especializadas. Pero me parece que es al margen de esto que el libro se hace realmente interesante. Es al margen de esto que Arredondo acomete, y acumula (desordenadísimo) un rubro temático amplísimo. Abarca objetos de la vida de ciudad, vestimenta, muebles y alhajamiento de casas, vehículos. Y una serie de cosas menores y sumamente expresivas: bastones, llamadores, cigarros, relojes, abanicos, monedas... Y todas las del campo: estancias, el recado y sus partes, caballos, portones, armas, cercos, rebenques, ponchos y otras vestimentas, muebles, marcas... Y la vida familiar en la ciudad y en el interior, los tratamientos sociales, la música, la religión, el servicio doméstico, los esclavos los agregados, el trato a los animales... Y los tipos humanos: el gaucho, el gaucho malo, el

gaucho alzado, el caudillo, el cuatrero, el compadre, españoles, portugueses, negros, mestizos, indios... Y las relaciones sociales y económicas: situación de las estancias, comunicaciones, razas ganaderas y su transformación, formación de las fortunas, ferias, contrabandos, industrias, saladeros y frigoríficos... Y algo de nuestra flora y fauna. Y todas las variantes de tipo y objetos arquitectónicos en el campo y en la ciudad. Los viejos alarifes, los primeros arquitectos. La evolución de los estilos... Y las influencias extranjeras a través de los inmigrantes, el prestigio político, el comercio y la importación de nuevos objetos para la vida cotidiana.

El libro de Arredondo no está (formalmente) bien escrito (y es lástima que Ariosto González que leyó el manuscrito y lo prologó y que domina los mecanismos de la corrección no haya tenido la amistosa franqueza de advertir al autor de muchos desajustes fácilmente salvables). Hay muchos errores rápidamente advertibles de construcción, de concordancia, de precisión, de palabras ausentes o trabucadas. Pero no importa. ¿Qué importa que la Torre de los panoramas no haya estado en la calle Canelones (I- 270), que no exista hoy un “*Ministerio de Gobierno*” (I- 255), que se escriba “*breeche*” y no “*bridge*” el pantalón Inglés de montar (I- 109) o que dos cosas que están frente a frente se hallen “*vis à vis*” y no “*bis a bis*” (I- 245, 266-y 334) o que el autor hable de un “*ambiente todo lo contrario*” (I- 97) o que remita a la bibliografía general libros, caso de Cordero (II- 35), que luego no menciona? Cuando Arredondo (marco al azar los de las páginas 294 y 302 –en nota– del primer tomo) se enreda en un periodo largo, complejo y escasamente correcto, en un período en el que correrán invariablemente alguna velada estocada, alguna referencia personal, la evolución –de repente y admirablemente apretada– de algún objeto representativo, de alguna forma social, parecería que se está revolviendo (¿por qué no revolcándolo?) en un mundo encantador y fenecido, un mundo entrañablemente incorporado a un carácter que sentimos a la vez combativo, caviloso, lleno de generosidad.

Definiría a Arredondo como un Freyre sin malicia y sin aparato teórico. Le ha faltado al uruguayo el hilo rector de una dicotomía como aquella de “*casa grande & senzala*” con que el ensayista norteno ordenó toda la vida del Brasil para concluir una obra rica e imperecedera. En el libro que comento hay material de sobra para una labor semejante pero ha faltado un arte similar de la construcción eficaz y un ingenio, en definitiva, artístico.

Con las páginas de **La Civilización del Uruguay** no parece difícil abonar una visible contradicción entre el Arredondo consciente y el Arredondo profundo. El primero defiende su obra y sus tareas, su restauración y sus protestas con argumentos a menudo secundarios, a menudo deleznable, de interés turístico, como su intento de convertir a Colonia en una nueva (y seudo vieja) Carcassonne, como su frase tan repetida: es región de turismo (I- 234); se mueve entre párrafos elocuentes de satisfacción progresista y novecentista sobre la transformación del país (I- 24, 42, 55, 62, 63). El Arredondo más profundo y valioso es el elegíaco, el dolorido conservador de un mundo que desaparece, hombre que redacta desmañadamente pero con tremenda fuerza las memorias de una vida muerta, de un perdido tiempo; que quiere salvar a través de las cosas, en su durable eficacia, un estilo de vida más digno y más libre, más sobrio y suficiente, más cerca de las cosas y de la tierra. Es en tono menor, por suerte, en el que Arredondo quiere hacerlo: *El servicio doméstico, blanco o de color, el cebador de mate, el personal de saladero, los músicos populares, el bastonero, el curandero, toda la artesanía que se fue, desde el platero hasta el talabartero, los populares*

cocheros de plaza, las lujosas libreas de los pudientes, los changadores utilizados en las mudanzas, en la estación de ferrocarril o los que antes estaban de fijo, en tal o cual esquina, hasta los maniceros y mandaderos de hoy, los conductores, guardas de los tranvías de sangre, incluso el cuarteador, los “canillitas”, vendedores de diarios y de billetes de lotería, etc., todo un mundo policromo en plena vida y movimiento que la estampa debe hacer perdurar porque evoluciona y su perfil se pierde en un pasado que se debe recoger. Como también ascendiendo en la escala social el boticario, el engalorado galeno visitando a sus enfermos de levita y chistera de felpa, en su coupé, el boticario con su gorro bordado, plano, con o sin borlón, tipo también casero usado por las personas de edad, modalidad que podía tener como representante máximo el “viejo trucha”, mote aplicado en la época, con el debido respeto para don Juan Lindolfo Cuestas, Presidente de la República que, en el interior de su casa, le era de una consecuencia absoluta. (II- 168-169).

Hay una precisión de las ideas que es claridad y hay una precisión, pausada, de la sensación y del recuerdo, que es morosidad. Me gusta esta palabra para aplicarla al libro de Arredondo. Es conmovedora la intensidad con que Arredondo puede recrear las cosas más humildes, más pobres, la atención con que sabe ver, por ejemplo, las capillitas abandonadas de campaña o los “humilladeros” de otro tiempo y extraer su lección (I- 172 y 236). Es con una mezcla de asombro, de encanto, de nostalgia que esta vida, que estas cosas han ido renaciendo (literalmente) entre sus manos, entre sus brazos, con que cuenta, entre otros, el hallazgo de dos raras baldosa en unas descuidadas ruinas de la zona de Colonia. (I- 176-177).

A veces, en una simple página sobre los tratamientos familiares es capaz de resucita todo un estilo de vida (I- 73). Arredondo sabe, con maestría segura, convocar su conocimiento natural de objetos, hombres y formas sociales para darnos en un ceñido fragmento la estructura de nuestra casa tradicional de ciudad, la de los dos patios y los balcones, desde *el novio de la parte de afuera, la señorita al balcón y la mamá en la sala inmediata a la “retaguardia”* (I- 266) hasta *los famosos miradores... Resabio moro, quizá, en ese vivir popular, en las azoteas, al atardecer* (I- 269). O, en forma más amplia, recrea toda una cultura –la campesina– en las páginas, antológicas, dedicadas a la pulpería (I- 318-335).

Ariosto González señala en su prólogo la presencia constante del autor en las páginas de un libro de tema y naturaleza objetivos. Todo H. A. está aquí, desde su vida y el recuerdo de la primera estancia (I- 327), su educación (I- 196), sus amigos: el pulpero Manuel Iglesias, el viejo de la gruta (I- 6, 321-322), sus fuentes vivas, sus autoridades (II- 171), su conocimiento directo del gaucho y su certidumbre contra toda autoridad libresca (II-157), sus obras (II-158), sus métodos (I- 5, 39, 162), su dominio de las colecciones particulares (I- 26, 27, 289), su más obvias protestas (I- 130), su certidumbre (I- 12-13), los minuciosos consejos para las obras que ha debido abandonar (I- 158), su nacionalismo (I- 160), su pasión por los libros (II- 17, 122), su inquina a los que no los devuelven (o que se los piden) (II- 5), sus ideas de orden político y práctico (I- 58), hasta sus juicios tajantes sobre la naturaleza “aluvial” de nuestra sociedad (I- 280), su diagnóstico de los vicios y virtudes nacionales (I- 52, 55, 258), su tenaz y patriótica avaricia ante la oficiosa donación a extranjeros de piezas y recuerdos irremplazables (I- 253, 286), sus ironías sobre los ingleses que se conmovían de la crueldad criolla para con los animales y trataban con bárbaros

artificios a sus caballos de paseo (I- 79-80), sus burlas sobre los entusiastas de “las antigüedades” (I- 93, II- 149) (a los que este libro les podría servir, por cierto, de utilísima y segura guía).

En todas estas formas se le escapa a Arredondo su participación en una materia que es la suma de la experiencia y el conocimiento de su vida.

Es utilísima la bibliografía de viajeros extranjeros en el Uruguay (había tentativas similares para la Argentina) y muy ciertas sus observaciones sobre el método y el valor de estos libros de viajes. Así destaca la técnica frecuente de la copia (II- 3), la superioridad tan sostenida, de los ingleses (II- 157) y el coeficiente de prevenciones antieclesiásticas con que hay que calibrar comúnmente los juicios de esto últimos. (I- 45-48).

Contradictorio parece resultar que sea el de Arredondo un libro definitivo y apurado a la vez. Si esperó, si duda, tantos años para escribirlo ¿por qué no trabajó en dos minuciosos índices temáticos y onomástica, que tan útiles hubieran sido? ¿Por qué ha dejado traspapelar tanta cosas? Es demasiado frecuente la queja por extravíos. ¿Por qué no ha ordenado mejor su material gráfico? Arredondo nos brinda, es cierto, explicaciones: carestía (I- 27), falta de posibilidades y ánimo de trabajo (II -3, 117). Es lástima, de cualquier manera, que hombre de tanto tesón y desbordada sinceridad no haya contado con un pequeño equipo, con los pocos ayudantes necesarios para llevar a lo perfecto esta obra, tan importante de cualquier modo.

No sabemos si el libro ha sido presentado al concurso de 1951 (para obras ideológicas, presuntamente no literarias) que ha señalado con sus rubros desiertos y lo ínfimo de la mayor parte de lo recompensado, nuestra alarmante esterilidad intelectual. De cualquier modo creo cumplir un deber al señalar (aunque con tanto atraso) el raro valor del trabajo generoso y rico de Horacio Redondo entre la mediocridad irredimible y la empinada pretensión que sellan todo lo que su promoción produce. Aunque se salven de ella, a menudo, estas publicaciones del Instituto Histórico que tanto padecen, sin embargo, de la casi clandestinidad de la edición oficial y de la onerosidad de la más comercial y privada.